

MARAÑÓN

talento y bondad (I).

Escribe: Marino Gómez-Santos.
(Premio Nacional de Literatura).

Durante los últimos años de la vida de mi padre, Marino Gómez-Santos estuvo muy cerca de él.

Leía sus libros —los leía con devoción y con rigor— y entraba poco a poco en la vida personal y profesional del doctor Marañón. Y en esa vida, de intimidad y de trabajo, fue acogido con entrañable afecto a su persona y con ilusión y fe para su vocación de escritor.

Marino dedicó parte de su primera juventud a la persona y a la obra de don Gregorio: en el Instituto de Patología Médica, en su consulta de la Castellana, en su biblioteca, en su cigarral toledano. Testimonio de ello fueron las «conversaciones» que publicó, en 1958, en el diario «Pueblo».

Desde entonces, Gómez-Santos ha trabajado con denuedo ejemplar, con ardor y brío incansables, en la preparación de su libro «Vida de Gregorio Marañón». Horas y horas en archivos y hemerotecas, en bibliotecas públicas y particulares, en lecturas incansables de documentos y cartas. Y horas y más horas de entrevistas, de largas y pacientes conversaciones con familiares y amigos; colaboradores y discípulos, enfermos del hospital y de su consulta privada. El fruto de este cúmulo abrumador de trabajo y de tiempo es el libro editado por Taurus. Biografía documentalísima y magistral que recoge en toda su plenitud un hombre y su tiempo.

Gregorio Marañón era inteligente y bondadoso. El talento y la bondad son las luces del ser humano. Fue uno de esos hombres preclaros que dan a su patria la ejemplaridad de una vida dedicada, por entero, al cumplimiento del deber —de los muchos deberes— y al amor ardiente e incommovible por España.

GREGORIO MARAÑÓN MOYA



Gregorio Marañón Moya.

EL 1887, año en que nace Gregorio Marañón, los españoles habían salido ya de su angustiosa incertidumbre al nacer varón el hijo póstumo del malogrado Alfonso XII, que aseguraba la sucesión.

Madrid era «un pueblo raro, distinto de los demás, uno de los pocos pueblos románticos de Europa, un pueblo en donde un hombre, sólo por ser gracioso, podía vivir», según había escrito Pío Baroja en una larga descripción, con tintas de aguafuerte.

Gregorio Marañón nace en el Madrid moderno —calle de Olózaga, 8—, corazón del barrio de Salamanca, que por aquel tiempo se consideraba todavía como un barrio residencial, muy distante de la Puerta del Sol.

Su padre, don Manuel Marañón y Gómez-Acebo, era santanderino. Como abogado eminente, ocupó cargos directivos en la Real Academia de Jurisprudencia, fue juez municipal de Madrid en dos ocasiones, magistrado de la Audiencia, consejero del Banco de España, diputado provincial por el distrito de Palacio dentro del partido conservador, colaborador con don León Medina de una colección de manuales legislativos conocidos por el «Medina y Marañón».

Doña Carmen Posadillo Vernacci, madre de Gregorio Marañón, era una gaditana de gran belleza, hija de un magistrado del Supremo que había emigrado en su juventud a Filipinas y del que se tiene noticia que fue presidente de la Audiencia en Cuba.

Murió doña Carmen Posadillo muy joven, el 3 de noviembre de 1890, de resultas de las complicaciones del parto en que nació Xavier Marañón y Posadillo, quinto de los varones y sexto de los hijos de

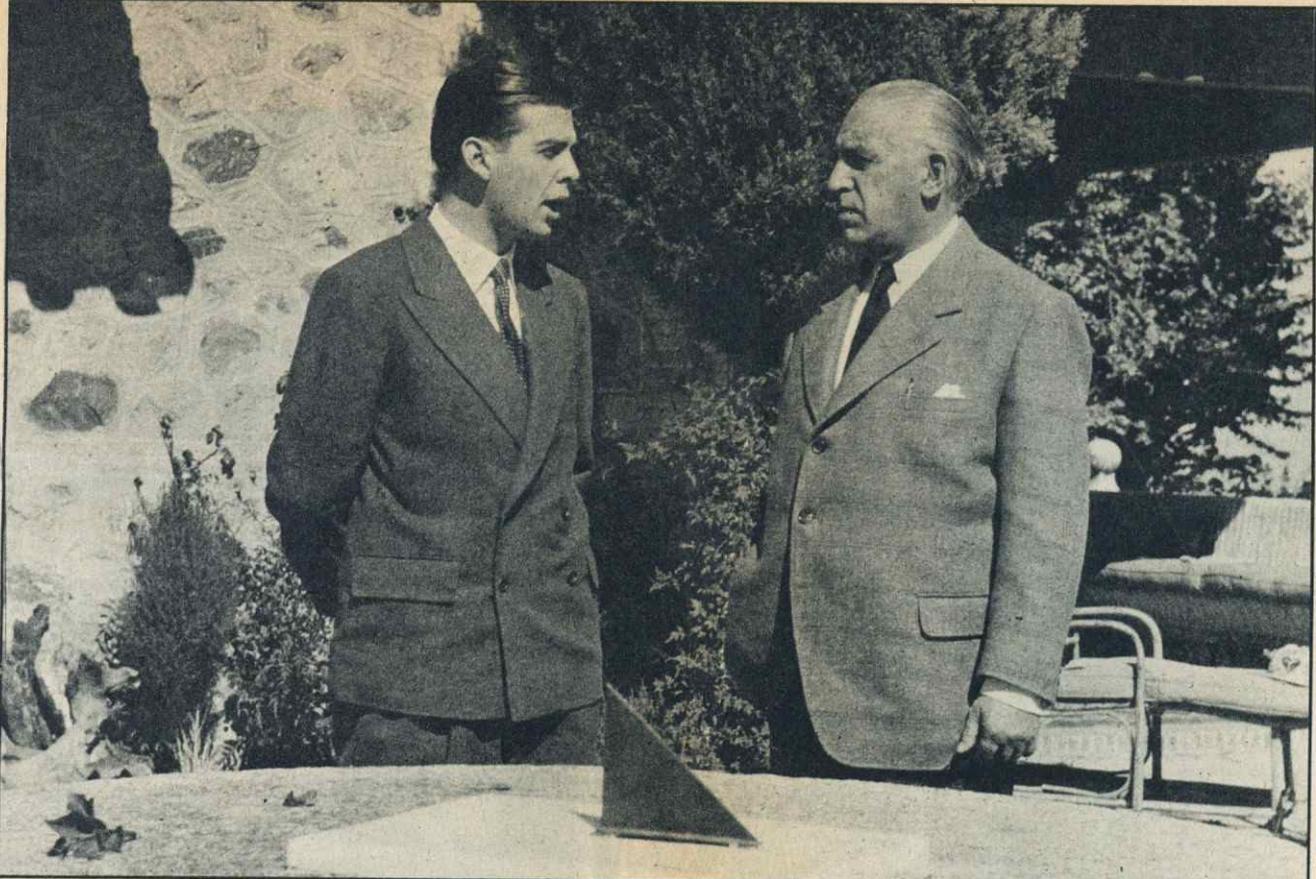
este matrimonio, que habían perdido a una hija, de nombre Guadalupe, fallecida a los dos años de edad.

Pocos días después de la muerte de su mujer, don Manuel Marañón se mudó a la calle de Lista, 3, cuarto tercero izquierda. En esta casa crecieron los cinco hermanos en un ambiente de curiosidad y respeto por todo lo literario. «De niño —nos dijo Marañón— leí mucho. Mi padre tenía una gran biblioteca; en ella me aficioné a los libros. Mis hermanos y yo devorábamos cuanto había». Luego, los largos veraneos en Santander fueron para Gregorio Marañón como el viento que sopla sobre un fuego incipiente, porque siendo niño conoció allí a tres grandes españoles, amigos de su padre, que iban a influir decisivamente en su vida: Galdós, Menéndez Pelayo y Pereda. Fue muy íntima la amistad con don Benito, que fue estrechándose más cada vez, hasta el momento de la muerte del gran novelista. De la mano de Galdós conoció Marañón la ciudad de Toledo, que tanto iba a significar después en su vida. La amistad de Galdós con el doctor Alejandro San Martín influyó en cierta manera en el destino científico de Marañón, que desde poco tiempo después de terminar la carrera fue médico de don Benito.

La relación de Pereda con don Manuel Marañón era de absoluta confianza. Recibía éste en Madrid los originales de las novelas que el escritor montañés le enviaba antes de ser llevadas a la imprenta, por lo que don Manuel fue llamado por los amigos de la tertulia de café «el cónsul de Polanco».

No fue menos íntima la amistad con Menéndez

840



Don Gregorio Marañón conversa con Marino Gómez-Santos, autor de esta biografía.

Pelayo, como puede verse por las palabras del propio Marañón: «Yo tengo como una de mis grandes satisfacciones el haber hecho en este Instituto de Santander mi ingreso en el Bachillerato, llevado por mi padre y por Menéndez Pelayo, que me presentaron a los catedráticos, tranquilizando con las consabidas recomendaciones mi timidez, que entonces era mucha, y que tardé largos años en vencer a fuerza de esfuerzos heroicos de mi voluntad».

Estudió el Bachillerato Gregorio Marañón en el colegio de San Miguel, de la madrileña calle de las Torres, y allí manifestó sus aficiones literarias. Para un comentario sobre el «Quijote», que les había encargado el maestro, eligió el episodio de la liberación de Juan Haldudo. «Lo emprendí con malhumor, y me sorprendió que el escribir era una delicia».

En el otoño de 1902 comienza Marañón a estudiar el preparatorio de Medicina en la Universidad Central de la calle de San Bernardo, pero hasta el primer curso de la carrera no tuvo ocasión de conocer a tres catedráticos, dos de los cuales eran ya primerísimas figuras en todo el ámbito europeo: Cajal y Olóriz. «Yo recuerdo —ha escrito Marañón al referirse a don Santiago— que muchas veces nos apenas que el paño del bedel borrarse, en dos manotadas, el encaje de líneas de colores que había dejado en el encerado el maestro». Recordamos aún cómo un día, al mostrarnos uno de aquellos dibujos prodigiosos, que Cajal realizaba con fines didácticos, nos dijo don Gregorio: «Cajal era encantador. Por de pronto, un maestro maravilloso. Yo he escrito un libro y he dicho de él que no nos merecía-

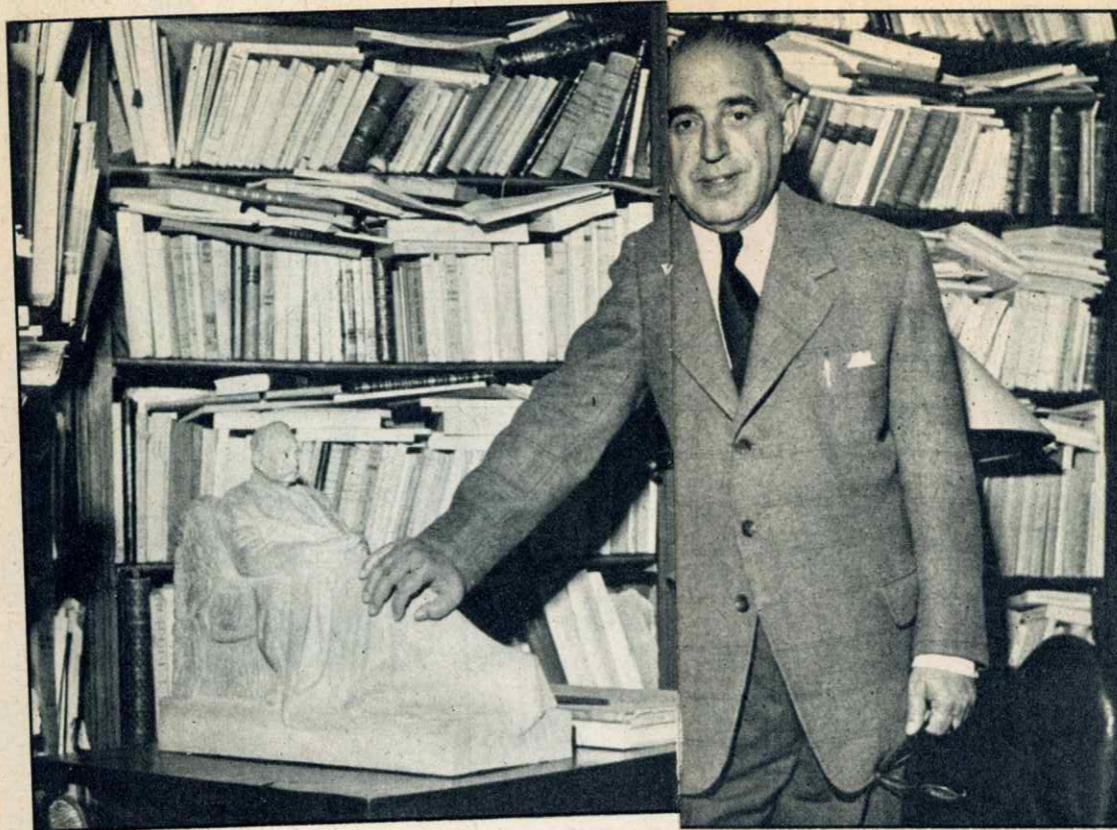
mos a Cajal, porque éramos muy bárbaros los estudiantes de entonces».

Las notas más bajas de su expediente académico corresponden al cuarto curso: Terapéutica y Arte de Recetar (**aprobado**); Anatomía Patológica, con Cajal (**aprobado**); Patología General (**aprobado**). ¿Cómo las recibió Marañón? ¿Causaron en su espíritu una impresión que se trasluciera después en sus escritos? «Un mal estudiante —diría después— puede ser, andando el tiempo, un grande hombre. Un estudiante perfecto, uno de esos abonados a las matrículas de honor (al que el Gobierno concede al terminar una gran cruz si ha alcanzado la nota máxima en todas las disciplinas académicas), ése, casi necesariamente, se esfumará en una penumbra intelectual para toda la vida. Es un deportista de las buenas notas y nada más».

La casa Vidal, imprenta y librería médica de la calle de Atocha, publica en 1907 las «Lecciones de Patología Quirúrgica», tomadas en la cátedra del profesor don Alejandro San Martín por Gregorio Marañón, «alumno del grupo». Al ocurrir la muerte de este gran maestro impresionó profundamente la lectura de una cláusula de su testamento, en la que se disponía que su cadáver fuera encerrado en modesto ataúd y los restos mortales trasladados a la Facultad de Medicina y depositados sobre la mesa de disección de la clase de Anatomía para que sirvieran de estudio a los alumnos de Histología y Anatomía Patológica. Marañón era ayudante de Anatomía de la cátedra del profesor San Martín y le tocó en suerte estar al lado de don Florencio de Castro, que fue el catedrático encargado de practicar la di-



Monumento al profesor Marañón en la Ciudad Universitaria de Madrid, obra del escultor Pablo Serrano.



Don Gregorio Marañón en el cigarral, junto a la escultura de Galdós, de Victorio Macho.

Gregorio Marañón y Teófilo Hernando, autores del «Manual de Medicina Interna».



sección en el Gran Anfiteatro de San Carlos, ante el claustro en pleno y la concurrencia de todos los estudiantes.

No olvidó nunca Marañón aquel episodio emocionante en el que, como tantas veces a lo largo de su vida, le tocó desempeñar un papel en primer término del escenario, donde se siente el calor de las candelillas.

LEGA Gregorio Marañón al último curso de la carrera hondamente interesado por la Medicina. En San Carlos ya es conocido por catedráticos y discípulos como un ser excepcionalmente dotado, al que no resulta difícil prever un claro destino. Escribe con facilidad y sencillez sus observaciones clínicas y experimentales, que publica en revistas profesionales, y al mismo tiempo presenta, bajo el lema de «Sandstrom Aele», un trabajo para el Premio Martínez Molina, que la Real Academia de Medicina concede aún anualmente. Al resultar premiado y ser abierta la plica, resultó su autor «Gregorio Marañón y Posadillo, alumno interno de la Sala de Disección de Madrid», lo cual creaba el gran problema de que el ganador no era médico, ya que el Premio Martínez Molina, además de su dotación económica —2.561 pesetas—, comprendía el título de académico de la Real de Medicina. Hubo de retrasarse la entrega del premio algunos meses, muy pocos, ya que el estudiante premiado estaba a punto de terminar la carrera.

Inmediatamente de obtener el título de licenciado, Marañón gana una plaza de médico de guardia en

el Hospital Provincial de Madrid, y al mismo tiempo aprovecha para estudiar las asignaturas del Doctorado.

Para completar sus estudios se traslada a Alemania, donde trabaja con el profesor Ehrlich en técnicas de química biológica. Era el momento en que el profesor Ehrlich terminaba sus estudios sobre el salvarsán, con el que suponía que se estaba a punto de resolver el tratamiento de las enfermedades infecciosas. «Ehrlich —dice Marañón— tenía mucho interés en conocer los resultados de su nuevo remedio en la viruela y en el tifus exantemático, enfermedades que por entonces existían aún en España. Le prometí ocuparme del problema. Y como preparación de la empresa empleé casi todo mi tiempo en el estudio biológico de las infecciones».

En 1911 gana por oposición la plaza de médico de la Beneficencia Provincial. A partir de aquel momento, el de las oposiciones fue un tema candente para el doctor Marañón. Y así, cuando le pedimos que nos informara sobre su experiencia como opositor, se desahogó una vez más, atacando este procedimiento tradicional que, en efecto, ha causado verdaderas víctimas en el ambiente universitario español. «El año once —nos dijo don Gregorio— gané por oposición la plaza de médico del hospital. Acababa de terminar la carrera y no sabía curar un enfermo, pero hice unas oposiciones muy brillantes, brillantísimas. Me dieron el número uno. Y de ahí nace mi odio a las oposiciones, porque fui el ejemplo viviente de cómo se pueden hacer unas oposiciones y ganarlas brillantemente sin saber más que teorías. Ahora, que sé bien la Medicina, no podría hacer unas

oposiciones, porque las perdería ante un jovencuelo con desparpajo, como entonces yo».

Al ganar la plaza de médico de la Beneficencia Provincial tenía Marañón definida perfectamente la que iba a ser su trayectoria. Solicitó la asistencia del Departamento de Enfermedades Infecciosas, instalado a la sazón en el último piso del hospital. Comenzó allí su labor con un gran espíritu renovador. Desde el primer momento, sus decisiones —que iban a dar impulso a un nuevo concepto de la Medicina hospitalaria— fueron observadas en el establecimiento con gran expectación y, a veces, con escándalo de los timoratos.

Pero en medio de la lucha con el viejo ambiente profesional, que Marañón estaba decidido a modificar, abre un gran paréntesis: el 17 de julio de 1911 se casa con Lola Moya, novia única en la historia de su vida.

Tenía Marañón, desde la edad escolar, una amistad fraternal con Miguel Moya, que luego fue ingeniero de Minas y durante algún tiempo director de «El Liberal». «Siendo niños —nos dijo un día Marañón— íbamos a nuestras casas respectivas. Allí conocí a mi mujer, cuando tenía catorce o quince años. Es la persona que más ha influido en mi vida; más y mejor. Siempre ha estado en su casa, en su sitio; pero con un talento y una cultura extraordinarios».

La boda se celebró en Madrid, en la parroquia de San Jerónimo el Real. De viaje de novios fueron a Barcelona, donde Marañón habría de resolver una cuestión profesional. Después continuaron a Ginebra

y después a Berna, para asistir a unas conferencias del profesor Kocher, dos años antes galardonado con el Premio Nobel por sus investigaciones sobre el bocio. Sorprendió al profesor Kocher la juventud del médico español, con quien había intercambiado publicaciones científicas, y le dispensó un cordial recibimiento.

A su regreso de Suiza, el matrimonio Marañón se instaló en un piso decoroso de la calle Marqués de Villamejor, 4, entre Serrano y el paseo de la Castellana. Desde el balcón podían ver la galería de la casa de Lista, donde continuaba viviendo don Manuel Marañón con sus hijos solteros.

En este piso de Marqués de Villamejor recibe el doctor Marañón sus primeros enfermos privados, cuyas historias clínicas escribe personalmente. Tiene veinticinco años y un concepto nuevo sobre el ejercicio de la Medicina, que pone en práctica desde el comienzo de su vida profesional. En este tiempo aún ejercen en la Corte graves profesores de visita que van en lujosos coches de caballos, portadores del maletín clásico, con chistera, guantes negros y barba apostólica.

Marañón es un joven que ahora llamaríamos deportivo, de figura arrogante; los ojos y la tez oscuros, de aspecto ligeramente oriental; elegancia innata en el vestir; educado como un príncipe.

Su ética profesional, en el sentido más profundo de la palabra, le hizo alcanzar muy pronto la confianza de los enfermos.

Ya en las postrimerías de su vida le hemos oído decir muchas veces que en sus enseñanzas del hospi-



Llegada a Fragosa (Las Hurdes) en compañía de don Alfonso XIII, el ministro de la Gobernación y el teniente coronel Obregón.



Don Gregorio Marañón habla con el obispo de Coria, mientras el Rey Alfonso XIII hace entrega de donativos y medicamentos a los habitantes de la alquería de Vegas de Coria, en Las Hurdes.

Don Miguel Moya (suegro de Marañón), ingeniero de Minas, director de «El Liberal» y amigo de siempre del doctor.

tal le importaba menos que sus colaboradores dominaran los secretos de la clínica que el hecho de que aprendiesen a tratar a los enfermos como si fueran caballeros de la Tabla Redonda.

Su historia profesional fue un ejemplo de generosidad, que predicó en todo momento a sus discípulos frente al ambiente de rigidez que imperaba en la práctica de la Medicina por aquellos años. «Generosidad absoluta —son sus palabras—, esto es lo que hace responsable la actitud del médico: generosidad cordial en el consejo y —permitidme que descienda a la tierra— generosidad también en el aspecto monetario, pues, salvo excepciones, este tipo de actuación nuestra, tan vecina de la del confesor, no debe ser jamás motivo de remuneración».

En muy poco tiempo fue Gregorio Marañón el médico de moda. Por su consulta comenzaron a pasar las primeras damas de la aristocracia madrileña, periodistas, intelectuales, políticos y artistas. Y fueron precisamente éstos, sus primeros clientes, los que contribuyeron en gran medida a ensanchar el círculo de su fama.

El primer enfermo importante que vio fue la infanta Eulalia de Borbón, que, aunque residía en París, solía pasar temporadas en Madrid en casa de su hermana la infanta Isabel. «Yo, a pesar de acabar de salir de las aulas, ya había publicado alguno de mis libros, que estaban traducidos al francés, y por ellos me conocían algunos catedráticos franceses. Uno de ellos le habló a la infanta».

Fue llamado el doctor Marañón a palacio muchas veces como médico. De ahí partió su gran admira-

ción por la Reina Cristina. «Aprendí a estimarla —nos dijo— por influjo de don Benito Pérez Galdós, que le tenía una gran admiración aun en los tiempos de republicano».

Pocos meses antes de su muerte visita Marañón —que acompañaba al doctor Ortiz de la Torre— a Menéndez Pelayo en las modestísimas habitaciones que éste ocupaba en el viejo caserón de la calle del León, como bibliotecario y director de la Real Academia de la Historia. «El rostro de don Marcelino empezaba a demacrarse bajo la barba blanca, mientras el vientre se abultaba cada día por la enfermedad del hígado, que pronto había de poner fin a su gloriosa existencia».

En 1913, el afán de que sus enfermos hospitalarios de la Beneficencia Provincial tuvieran un albergue más digno y donde se les pudiera tratar con un espíritu moderno hizo que el doctor Marañón lograra construir en el jardín un pabellón, que luego se ampliaría y que fue la base de su Instituto de Patología Médica.

Belmonte debuta en Madrid. Marañón, que asiste a la corrida como médico de la Beneficencia Provincial, de guardia en la plaza de toros aquella tarde, conoce al debutante en la mesa de operaciones de la enfermería. «Era un joven medio raquítico, débil, que parecía un muñeco de trapo, pero que entonces se crecía delante de los toros y que parecía un gigante».

En la primavera de 1914, Marañón inicia con don Teófilo Hernando la preparación de su «Manual de Medicina Interna», que iba a ser conocido en los

medios profesionales como el «Hernando y Marañón».

Un año después, Marañón habla, desde la tribuna del Ateneo de Madrid, sobre «El sexo, la vida sexual y las secreciones internas». El tema, tratado ante la sociedad madrileña en aquel tiempo, suponía un punto de vista no solamente novísimo, sino audaz. Marañón lo trató con la elegancia y el estilo que ya le caracterizaban y, al tiempo que recibía el elogio de las grandes personalidades de la Medicina, puso de actualidad en la vida española un tema que ahora, medio siglo después, inquieta al mundo.

Publica libros sobre temas de gran novedad científica y su gran personalidad le convierte muy pronto en «figura nacional». Las más importantes familias del país le llaman en consulta, y aun las grandes instituciones, cuando la salud de sus miembros rectores inspira cuidado. Un telegrama urgente reclama su presencia en el pueblecito de Castelltersol, donde agoniza el jefe de la Mancomunidad de Cataluña, don Enrique Prat de la Riba. Allí conoce Marañón a don Francisco Cambó.

En 1917, la Inspección de Sanidad y el Ministerio de la Gobernación, preocupados por la gravedad de la pandemia gripal, enviaron a Francia una comisión para que estudiara aquella epidemia que producía diariamente más víctimas que la guerra misma. La comisión estaba formada por Marañón, Pittaluga y Ruiz Falcó, que recorrieron los principales hospitales de Francia para estudiar el caso y emitir un informe.

Muere en 1919 el escultor tarraconense Julio Anto-

nio, en la clínica Villa Luz, del doctor García Tapia. Marañón le había conocido como enfermo en el Hospital Provincial y desde entonces fue su amigo y protector, además de su médico. Mientras Julio Antonio agonizaba, víctima de una meningitis tuberculosa, asistido por Marañón, en los bajos de la Biblioteca Nacional se formaban colas interminables para contemplar su mausoleo dedicado al joven Alberto Lermoyer.

* * *

MISTER Huntington ha encargado a Sorolla, con destino a su Hispanic Society of America, el retrato del doctor Marañón, y a Benlliure, un busto.

Marañón escribe en «El Liberal» artículos de divulgación médica. Por este tiempo viaja a Alemania para visitar hospitales. Se proyecta en Madrid la construcción del hospital del Rey para enfermos infecciosos, empresa en la que Marañón ha influido decisivamente cerca de las autoridades sanitarias, con campañas periodísticas y conversaciones personales. Suyas son las directrices por las que el arquitecto realiza el proyecto.

Lee su discurso de recepción en la Real Academia de Medicina sobre el tema «Estado actual de la doctrina de las secreciones internas», cuya contestación estuvo a cargo del profesor Gustavo Pittaluga.

En 1922, el conde de la Romilla, diputado por Hoyos, provincia de Cáceres, habló en el Congreso del abandono de Las Hurdes. Su discurso fue la primera protesta que hizo reaccionar al ministro de la Go-



¿ha pensado alguna vez hacer tricot con los ojos cerrados?

TRICOTOSA F200

¡¡ES TAN SENCILLA!!

GARANTIZAMOS LA ENSEÑANZA EN UN MAXIMO DE 3 HORAS

Sí Señora, Señorita: HA LLEGADO SU HORA, SEA ORIGINAL

Por fin puede hacer para Vd. y los suyos sus prendas y vestidos de punto con los diseños, dibujos y colores que quiera, **TODOS SEGUN SU PERSONALIDAD**: Sus modelos, creados por Vd. misma, no podrán ser copiados. Ya nunca más irá vestida como todas.

ES UNA MAQUINA DE PUNTO EXCLUSIVAMENTE PENSADA PARA VD., PARA SU HOGAR. POR ELLO TIENE UN PRECIO QUE PUEDE IR PAGANDO SOLO LO QUE TODOS LOS MESES AHORRA AL HACER LAS PRENDAS POR SI MISMA (consulte nuestras excepcionales condiciones de pago).

BUSQUE DONDE QUIERA: No hay otra, ni para el **HOGAR**, ni **MAS BARATA**, ni **MAS SENCILLA**.

Esta máquina es **totalmente imprescindible** en su hogar moderno (como cualquier electrodoméstico).

SOLIDA, TOTALMENTE CONSTRUIDA EN ACERO Y CON UN AÑO DE GARANTIA. (Representantes y Servicios de Asistencia Técnica en todo el Territorio Nacional).

¡¡APROVECHESE!!!: AHORRE, Y VISTASE A LA MODA
Comprando **AHORA** este modelo, Vd. se beneficia de estas dos ventajas.

- 1.º: PRECIO ESPECIAL DE LANZAMIENTO: ¡¡AHORA SOLO 8.500 PTS.!!**
- 2.º: EXCEPCIONALES CONDICIONES DE PAGO EN COMODOS PLAZOS.**

Solicite amplio catálogo e información **SIN COMPROMISO**.
Corte y envíe **HOY MISMO** este cupón a:

TRUMPY Y SIRVENT, S. A.
Av. Generalísimo, 4
MADRID - Teléfono: 262 53 45

Deseo recibir sin compromiso el Catálogo de la **TRICOTOSA F-200** e información de las especialísimas condiciones de pago por lanzamiento:

Nombre _____
Calle _____
Ciudad _____ Provincia _____



Biblioteca de el cigarral, donde trabajaba el doctor Marañón.

Don Gregorio en el cigarral, en la Navidad de 1941.

bernación, que lo era, a la sazón, don Vicente Piniés. Este reunió en su despacho oficial a los doctores Marañón y Goyanes con objeto de encargarnos un informe sanitario de la región hurdana. Este viaje se realizó y los médicos designados por el ministro de la Gobernación fueron acompañados por el doctor Bardají, inspector de Sanidad de Badajoz, y por el ilustre antropólogo doctor Hoyos Sainz.

Al regreso de este viaje, sobre el cual fue redactado un informe sanitario, la marquesa de Villavieja organizó, en su casa de la calle de Mendizábal, una comida para tratar de acercar a los intelectuales españoles al Rey Alfonso XIII. Asistieron, entre otros, Cajal, Baroja, Romanones, Pérez de Ayala, Ortega y Gasset, Pittaluga, don Alvaro Alcalá Galiano y el señor Castillejo, secretario de la Junta para Ampliación de Estudios.

Marañón ya había tenido ocasión de hablar con el Rey en otras ocasiones y aquella noche, al preguntarle el monarca por sus últimas actividades en el campo sanitario, Marañón le habló del problema de Las Hurdes. De aquel encuentro nació el deseo del Rey de visitar la región hurdana. «Fue una de las mejores cosas que hizo don Alfonso —nos refirió Marañón—, porque después, se puede decir, de explorar aquella pobrísima región, creó un patronato que luego se ha continuado».

El viaje se realizó en automóvil hasta donde las carreteras lo permitían, y una gran parte de la excursión, a caballo por empinados caminos, entre montañas y pizarrales. Fueron cinco días agotadores en los que el Rey Alfonso XIII estuvo en contacto di-

recto con los habitantes de la región hurdana, a los que se acercó para prometerles su ayuda personal, al tiempo que les entregaba donativos.

En nuestro libro «Vida de Gregorio Marañón» hemos relatado minuciosamente las incidencias del viaje regio a Las Hurdes, al final del cual se fundó el Real Patronato de Las Hurdes, del cual fue miembro el doctor Marañón, además del obispo de Coria, el duque de Miranda, Pérez Argemí, Piniés, Amós Salvador, Hoyos Sainz y Goyanes.

A partir de esta visita del Rey, los hurdanos y su comarca comenzaron a salir del abandono secular en que vivían. Y el doctor Marañón publicó su libro famoso «El bocio y el cretinismo», escrito sobre material directamente recogido en su viaje a Las Hurdes.

* * *

EN 1922, Gregorio Marañón adquirió, en Toledo, el llamado Cigarral de Menores, que había conocido, siendo un niño todavía, de la mano de Galdós. Se distingue allí por cigarral la casa de campo que en Asturias se denomina «quinta», en Galicia «pazo», en Cataluña «torre», en Granada «carmen». Pero parece que es indispensable que el cigarral mire a Toledo sobre su panorámica general para que así pueda designarse.

El Cigarral de Menores, fundado en el siglo XVI por el canónigo Jerónimo Miranda Vivero, pasó después a manos seglares y más tarde se convirtió en colegio de clérigos. Finalmente, hacia mediados del siglo pasado, otros seglares, entre ellos Bécquer, vivieron en este cigarral.

MARAÑÓN

En casi medio siglo que media entre 1922, fecha en que Marañón adquirió el cigarral toledano, y 1960, año de su muerte, puede decirse que todo español insigne o visitante extranjero de cierta notoriedad ha tenido ocasión de pasar unas horas en el cigarral «Los Dolores». En el mismo patio donde se representó «Cómo han de ser los amigos», de Tirso de Molina, cuando aún era Cigarral de Menores, leyó García Lorca sus «Bodas de sangre»; y Valle-Inclán, acordándose de su Santiago de Compostela cuando miraba a Toledo desde el cigarral de Marañón, le dijo: «Este Toledo, en cuanto un día llueve, se disuelve».

Resultaría empeño imposible tratar de formar el censo de los centenares de personas que pasaron por este cigarral. Hasta 1936 podemos consignar como asiduos a los siguientes españoles: conde de Romanones, Juan Belmonte, Pérez de Ayala, Teófilo Hernando, marqués de Vega Inclán, duque de Arión, Juan March, Sebastián Miranda, Salvador de Madariaga.

Allí, en el cigarral, se ofreció un almuerzo al ministro de la Gobernación del Gobierno Berenguer, don Leopoldo Matos, al que asistió también don Angel Ossorio Gallardo, que iba en representación de los republicanos del futuro Gobierno Provisional. También se ofreció un almuerzo al Presidente del Gobierno francés, Eduardo Herriot, con la asistencia del Presidente del Gobierno, Manuel Azaña, y varios ministros y embajadores de ambos países.

Entre los innumerables almuerzos cabe destacar los que se ofrecieron al Presidente del Gobierno Martínez Barrios, a la condesa de París, a la Emperatriz

MARAÑÓN



Soraya, al Rey Humberto de Italia, al príncipe heredero de Rumania, al doctor Fleming, a Enrique Larreta, al profesor Waksman, descubridor de la estreptomicina y Premio Nobel; a André Maurois, al conde de Keyserling, a sir Howard Florey, que, con Chain y Fleming, recibió en 1945 el Premio Nobel de Fisiología y Medicina; a H. W. Wells, a Georges Duhamel, a Jean Cocteau, a Nicola Pende, a John Steinbeck, Premio Nobel de Literatura; al ex Presidente de la República mexicana, Elías Calles, etcétera.

En 1931 estuvo María Curie, Premio Nobel, a quien Marañón había conocido en Madrid en 1919. El último gran personaje que ha visitado el cigarral «Los Dolores» fue, en el mes de julio de 1970, el general Charles de Gaulle.

En la paz de este cigarral escribió Marañón casi todos sus libros y una gran parte de su inmensa producción literaria, histórica y científica.

En la actualidad, el amor de su familia conserva esta casa intacta y sobre la mesa donde escribía Gregorio Marañón hay todos los días un vaso con flores frescas cortadas del jardín del cigarral.

En el próximo número:

**MARAÑÓN, POPULARIDAD
Y POLITICA (II).**